

—Dígame, al menos, algo acerca de él. Qué figuras tiene, qué fondo, qué pensamiento...

—Conténtese con lo que sabe y no pretenda averiguar más.

Perdone usted, maestro; lo pretendí y lo averigüé. Por eso le pregunté a usted por sus modelos, y para eso busqué a Neliña. Y Neliña, a su modo, con su encantadora ingenuidad, abriendo mucho los ojos admirados, y descuidando a la vaquiña, que aprovecha la distracción de su ama para cambiar la seca yerba del cómaro por los opulentos maizales de la leira vecina, toda asombrada, alzando las manos con ademanes ponderativos, me pinta el cuadro:

—¡Unhas cousas, señor! ¡Unhas cousas!... ¡Es mismo o demo aquel home!

POSTALES PORTUGUESAS



El camino y la llegada

Como en «La ciudad y las sierras», por la mañana, cuando todavía el sueño continuaba luchando con la incomodidad de la cama, apareció en mi departamento del sleeping del expreso Madrid-Lisboa la «fardeta» de un «guarda d'alfandega», que me preguntó cortésmente, con este amable y silbante acento portugués, todo esos, efes, ies y vs, si mi excelencia traía en el equipaje cosa que declarar. Mi excelencia declaró que sólo traía sueño y huesos doloridos, y el carabinero, tras una leve requisa, nada molesta, saludó correctamente y desvaneciósse.

Era Portugal, el dulce Portugal de unos gratos recuerdos infantiles que sólo a mí me importan; era, mejor aún, el alegre, apasionado y simpático Portugal que nos enseñó a admirar y a querer el excelso novelista portugués muy amado de todos los escritores españoles.

Mas ahora Portugal no se nos ofrece con aquella luz alegre que irradiaba en los libros de José María, como nombran aquí a Eça de Queiroz.

Como si la Naturaleza, sabedora de que, aunque en guerra Portugal, no ha de llegar a Portugal la guerra, quisiese ofrecer a los portugueses una muestra de la obra destructora de los hombres locos, ha volcado el saco de sus iras sobre esta tierra plácida. Negros, densos nubarrones envuelven las cumbres de las altas sierras y se desatan en furiosas turbonadas y en violencia de huracanes que azotan rabiosamente el suelo. Los ríos corren desbordados.

Desde Abrantes, el Tajo, salido más que de madre de todo el árbol genealógico, lo cubre todo de agua cenagosa. Milagrosamente se salva la vía férrea. Hay momentos en que el tren que nos lleva parece caminar por las aguas. En cuanto abarca la vista, árboles, casas, todo—dijérase que hasta los montes—, aparece sumergido. De vez en cuando, un tejado que sobresale de las aguas produce una impresión más viva de dolor. En ocasiones la extensión inundada es tanta, que los viajeros nos preguntamos asombrados y dudosos:

—¿Es el mar?

No; no es el mar. Son sembrados, son bosques, son caseríos, son quintas, son fábricas...

Las calles de los pueblos que cruza la vía férrea semejan canales venecianos. En Santarem y en otros puntos, hay lanchas atracadas a las casas, conduciendo víveres o transportando personas. Más allá, en la llanura inundada, vese un remolcador enviado de Lisboa para prestar auxilios.

Los daños deben de ser enormes, porque son leguas y leguas inundadas.

Donde las aguas no llegaron, el contraste de los campos verdes, opulentos, prometedores de una cosecha ópima, hace más doloroso el sentimiento de la catástrofe, tremenda aunque en las noticias telegráficas sólo ocupe el breve espacio que estos periódicos, tan atentos a todos los asuntos, conceden a cada uno.

Cerca de Lisboa se abren las nubes, sale el Sol, y ríe el cielo.

Desde que entramos en Portugal veníamos nostálgicos de esta luz y de la alegría de aquellos donosos tipos tan deliciosamente retratados por la pluma jocunda e irónica del egregio novelista portugués. Mas ni en el tren, ni siquiera en la Aduana (donde, dicho sea en honor y gratitud a los guardas y vistas, todo es rapidez, cortesía y pocas molestias), dimos con ninguno.

Pero no hacemos mas que entrar en el aparatoso hotel que nos han recomendado con muchas ponderaciones como el mejor de Lisboa, y, ¡zas!, él. ¡El!, manes del divino José María Eça de Queiroz! Acaso no es portugués; pero es él.

Si no hubiéramos dejado en Madrid al Sr. Asquerino, juraríamos que el joven que recibe a los viajeros en el vestíbulo de este hotel, es el muy discreto actor de la Comedia. El mismo chaquet, el mismo bigotillo que el Sr. Asquerino luce en

esa bonita y calumniosa comedia titulada *El brillo de los caireles*.

Este otro joven, de este otro chaquet, se da un pisto atroz, cosa que seguramente no hace el señor Asquerino. Antes de que se digne concedernos audiencia a los viajeros, tenemos que esperar larguísimo rato a que concluya la charla en que está entretenido con un señor.

—¡Cielos!—pensamos perplejos durante la interminable espera—. ¿Será este joven un nuevo presidente del Consejo? ¿O de la República? ¿Acaso Don Manuel, disfrazado?

Por fin, cuando ya íbamos envejeciendo, nos dispensó el honor de «recibirnos».

—Sólo hay habitaciones para dos—nos dijo.

—Pero yo soy uno solo, aunque aparente más.

Al cabo convinimos en que hasta las siete horas de la tarde, en que quedaría libre una cámara de «a uno», me instalase en la de dos. Le entrego un duro español, veintiocho reales lusitanos, para que me lo cambie en moneda portuguesa con que pagar al mozo que ha traído mi equipaje, y me devuelve cuatro pesetas.

—¡Oiga! ¿Pero no tiene premio la moneda española?

—El papel, sí; pero la plata está en baja.

¡Necker de secretario de un hotel!

Y, vuelve a pasar tiempo, y tiempo, y tiempo, y más tiempo, y el joven del chaquet y del bigotillo, inmóvil.

—Pero, ¿me quiere usted decir, señor mío, cuál es mi habitación?

—Hasta las siete no la tiene disponible.

—Ya lo sé; pero ¿y la otra?

—Ya no la tengo. Se la he dado a otros señores. Pero vuestra excelencia puede pasar al salón y esperar allí.

—¿En el salón hasta las siete?

—O en el baño. Vuestra excelencia puede tomar un baño.

—¿Un baño de cinco horas encima del almuerzo? No le conviene a mi excelencia.

—Se lo preparan en seguida y su excelencia espera allí.

Por lo visto, para el joven del chaquet y el bigotillo, no hay diferencia entre un viajero y una hoja de bacalao.

Huí, huí seguido de un tardo mozo, que a cada momento pedía auxilio a los transeuntes para que le ayudaran a colocarse mis bártulos, y entré en Lisboa riendo. ¡Divino José María!

¡Al diablo el agua, el viento y la guerra!



El que trajo las gallinas republicanas

Hemos encontrado al Sr. Machado dos Santos en la alborotada *Brazileira* del Chiado, donde discuten a gritos y a puñetazos en las mesas, que hacen temer por la integridad del mármol, políticos y aficionados de todos los matices, aunque el predominante es el opositor, en el cual, más o menos francamente, milita hoy casi todo Lisboa.

El Sr. Machado dos Santos apenas contribuye al ruido de las discusiones dejando caer de vez en cuando algunas palabras que quieren ser incisivas. Pero, en realidad, el famoso padre de la República portuguesa no está en la *Brazileira*. El brillo de sus ojos saltones y miopes y la inquietud de su cuerpo nervioso le denotan lejos de aquí. ¿Dónde?

¡Ay, del que fué y no es
Que siempre añorará por el pasado!

Machado dos Santos tuvo unos días de popularidad, correspondientes a aquel momento de for-

tuna en que su tenacidad fué el impulso decisivo y trastrocante del régimen político portugués; pero realizada la misión que el Destino le confiara, sin condiciones para la política y abortados, por ello, sus deseos de constituir un partido y otorgarse su jefatura, él que trajo las gallinas republicanas pasó a la Historia, y si a la revolución de Mayo le costó poco trabajo arrojarle de su bamboleante pedestal, menos tuvieron los hombres, ingratos, para olvidarle y acogerse a la sombra protectora del nuevo ídolo militar, Leotte do Rego.

Cada vez que yo, picado de la natural curiosidad, preguntaba estos días por Machado dos Santos, respondíanme invariablemente, acompañando las palabras con ese gesto compasivo oración fúnebre de los idos definitivamente:

—Machado dos Santos está en su casa haciendo paciencias (solitarios). Está solo. Nadie se acuerda ya de él. ¡Pobre!

Figuraos la ilusión con que el *reporter* abordaría al caudillo de la Rotunda, esperando, si no revelaciones sensacionales, ataques contundentes, por lo menos, un copioso y humano derrame de bilis sobre los que, después de adularle y aclamarle, volviéronle, ingratos, la espalda...

¡Ay! El Sr. Machado dos Santos, palomita sin hiel, no tiene ni bilis.

Pasó un día por la Historia, cumplió una misión, que la cercanía del suceso no permite aún

juzgar claramente, y luego se dejó borrar por la esponja inexorable que todos los días oscurece un nombre para dar puesto a otros.

—¿Quiere usted hablarme un rato para el *Heraldo de Madrid*, señor Machado dos Santos?

El Sr. Machado dos Santos quiere; pero ¿dónde podremos hacerlo con la seguridad necesaria para no ser interrumpidos ni escuchados por los espías, que aquí surgen hasta del aire como las monedas de los prestidigitadores? La *Brazileira* no es lugar a propósito para una conversación transcendental.

—Vengan ustedes—nos dice Machado al amable amigo que me acompaña y a mí.

Y echamos a andar por donde él nos conduce; subimos y bajamos cuestras; nos metemos por callejas laberínticas... Machado dos Santos, nervioso, impaciente y precavido, se ha separado de nosotros y camina delante, sacudiendo su junquillo y mirando receloso a todos lados; actos prometedores de sensacionales declaraciones.

¡Qué «epatante» interviú vamos a hacer! Perdón, maestro Cavia; por estas latitudes todavía se la llama así.

Algo turba mi alegría el ver la indiferencia con que el un tiempo héroe popularísimo en Lisboa liberada pasa por entre la gente. Nadie se vuelve a mirarle; nadie le saluda; nadie le señala. Sólo un pobre hombre se acerca a él, sombrero en mano, en una calleja a pedirle no sé qué. El redentor de

Portugal le acoge agradecido, cariñosamente, satisfecho de que veamos que todavía no le han olvidado todos, todos.

Al fin, cuando ya no podemos con nuestros huesos, damos en un café propicio; un café único, solitario, pintoresco, largo, callado y obscuro, al que dan frescura y singularidad las paredes de azulejos, las baldosas blancas y negras y los feludos de esparto bajo las mesas; un café que parece hecho para las discusiones de las tertulias de artistas ilusos y para los coloquios pianísimo de las parejitas de enamorados. Es un lugar maravilloso para la conversación que vamos a tener.

No hay nadie. Al cabo de dos horas de palmo-tear más que durante un año en un tablado de café cantante, acude un mozo malhumorado y displicente:

—No hay café—nos va contestando—. Ni cerveza... Ni coñac... Ni licores.

—¿Entonces qué se sirve aquí?

—Si sus excelencias quieren tomar algo tienen que volver a otra hora. En este momento no hay nada que servirles. No está el amo. Ha salido y se ha llevado la llave de los aparadores.

¡Vivan los cafeteros con salsa!

¿No valen este café, este mozo y este dueño todas las incomodidades y los ratos de mal humor que están dando al *reporter*, ansioso de sucesos, la quietud y la indiferencia de Lisboa en estos días transcendentales?

Lástima que la preocupación por las graves revelaciones que iba a hacerme el caudillo de la Rotunda no me permitiese apuntar el nombre del café y de la calle. Pero si alguna vez vuelvo a Lisboa, tú serás conmigo, encantador, misterioso café sin café, sin amo y sin aparadores.

Volvimos a subir y bajar calles y calles, descendimos por unas escaleras inacabables, dimos, por fin, en otro café solitario, y el Sr. Machado dos Santos, tras un desconfiado «olhar» en redondo, comenzó a hablar...

Fué mucho subir y descender para tan pocas novedades.

Id contando: «El señor comandante de mar y guerra» ve la situación internacional como los demás políticos portugueses a quienes hemos interrogado anteriormente. Portugal está obligado a cumplir sus compromisos y los cumplirá.

—Faltaría a la verdad si dijese que la guerra es popular en Portugal; pero como tenemos el sentimiento de nuestro deber, iremos adonde éste nos llama, porque los portugueses somos, sobre todo, obedientes.

Le pinchamos por el lado de la política interior, que en Lisboa hace saltar a todo el mundo, y con mayor razón debe pungirle a él; pero tampoco por aquí responde a las esperanzas que nos hizo concebir el ambular misterioso y como de huída toda la tarde por tantas calles extraviadas, despistando espías.

—¿Qué juicio le merece a usted la revolución de Mayo?—le pregunto con la esperanza de que se dispare a esta evocación.

El Sr. Machado dos Santos avanza el cuerpo hacia mí, y apoyando sus palabras con la energía de un dedo índice que me apunta tieso como un florete dispuesto a atravesar mi cuerpo inocente y a buscar luego los de no sé qué invisibles enemigos, afirma rotundamente:

—¡La revolución de Mayo fué un crimen!

Yo, relamiéndome de gusto, me dispongo a escribir horrores; pero en el acto el héroe de la Rotunda, rectifica arrepentido:

—No, no. No escriba crimen... Ponga que fué un error. Un error, eso es. No diga crimen.

Y esto es todo. Hay, además, un programa de gobierno que el Sr. Machado dos Santos, añorante de sus días idos de popularidad e influencia, tiene para los días que pueden venir: Gobierno nacional de todos los partidos; supresión de las «cultuaes», agobiadoras y ofensivas para los sentimientos católicos; derogación de la despótica y vengativa ley de separación de funcionarios, llamada gráficamente «a ley do garrote»; reapertura de las 42 Asociaciones obreras sindicalistas recién clausuradas por estos republicanos de doublé, y establecimiento de cantinas municipales reguladoras para contener la carestía de las subsistencias...

El inocente caudillo de la Rotunda tiene todavía

ilusiones, porque ignora cuánto gusta el Destino de gastar estas bromas pesadas.

Un día permite a un hombre tranquilo y obscuro escribir con un gesto inesperado su nombre en un renglón del libro de la Historia; pero en seguida le reintegra a su pacífica naturaleza, y le condena, cruel precio de un momento de gloria, a hacer de por vida «paciencias» en su casa, olvidado de todos y suspirando por los días que tuvo en su mano, que no supo hacer suyos y que en vano sueña en resucitar...

Todavía al despedirnos, Machado dos Santos, el padre de la República portuguesa, el caudillo de la Rotunda, me encargó insistente:

—No diga usted crimen; diga usted error. Error.

«Sic transit...»



Don Bernardino, o el sentido liberal

— Cuando comenzábamos a subir la empinada cuesta que lleva al castillo da Pena en Cintra— adonde, aprovechando unas horas que yo inocentemente creía libres, me dejé conducir por mi grande y obsequioso amigo D. Enrique Pinho da Cunha, el más amable de todos los caballeros portugueses—, un hombre que llegó a todo correr nos cortó el viaje.

—De parte del excelentísimo señor presidente de la República, que vuestras excelencias le hagan la merced de ir a hablarle al teléfono del Nuñez— nos dijo, respetuoso y jadeante.

Era que de Lisboa avisaban que D. Bernardino Machado me recibiría esta tarde a las seis y media. Hubo que ver el pisto que yo me di ante los desocupados de Cintra, que, enterados del caso, nos miraban con respetuosa y admirativa curiosidad. Pero también declaro sin inmodestia que, como diría Pepe Laserna, estuve muy digno en mi papel de personaje de ocasión.

Pues, y al llegar a mi hotel de Lisboa, la de

cortesías y zalemas que me hicieron porteros, mozos, botones y doncellas?

—¿Sabe vuestra excelencia que le espera el excelentísimo señor presidente de la República?

—¿Vuestra excelencia sabe que el excelentísimo señor presidente, etc., etc.?

Habrá que ver luego la cuenta.

*
**

El presidente de la República portuguesa está instalado en el palacio de Belem, uno de los más modestos de aquella Corte que, a juzgar por la sencillez de sus viviendas, no se distinguía ciertamente por su fastuosidad.

Cuando el *reporter* llegó a la residencia presidencial, D. Bernardino Machado hallábase obsequiando a las damas lisbonenses, que, presididas por su virtuosa esposa, acababan de constituirse en Junta para arbitrar recursos con destino a la «Cruz Vermelha.»

Era una reunión de damas de la aristocracia republicana. Desde el salón Imperio, donde yo esperaba al presidente, veía ir y venir los inquietos *sprits*, las pieles y los grandes bolsos de aquel, aunque democrático, lujoso concurso femenino, vestido a la última, ni más ni menos que las otras damas que en sus tiempos discurrían por estos salones poblados de recuerdos de la Monarquía caída, desde las marinas del excelente pintor D. Car-

los de Braganza, hasta menudos objetos de uso personal, cuidadosamente conservados, como si se esperase la vuelta de sus dueños.

Como un *reporter* tiene la obligación de observar todo, el que suscribe se permitió anotar lo visiblemente satisfechas que estas bellas damas estaban de encontrarse en estas cámaras, todavía regias, que aun conservan su antiguo ambiente. Algunas, encontrando quizá estrecho el salón donde se servía el *buffet*, iban y venían por los otros salones a pretexto de decir algo al secretario del presidente, y en realidad para darse el gustazo de verse allí. La mujer es la misma en todas las latitudes y bajo cualquier régimen.

—¿Ha venido alguna dama de la Reina? —pregunté a uno de los ujieres, antiguos sirvientes de la familia real portuguesa, a quienes la República ha tenido el noble rasgo de conservar en sus puestos para no dejarlos sin pan.

—¿Damas da Rainha? ¡Não! ¡Não!

—¿Y las otras, las que algunas veces venían a Palacio?

—¿Esas? ¡Pche! No sé. Es posible. Los señores recibían a tanta gente...

Pero he aquí que llega el «señor jefe del Estado», como él dice, elegante, pulquérrimo, con su chaquet irreprochable, sus botas de charol con caña gris claro, y una perla por alfiler de corbata prendida a un lado de ésta con cierta coquetería.

Don Bernardino Machado me tiende su mano

con ademán cordial y me conduce a su despacho. Al paso del presidente, los antiguos ujieres cortesanos se inclinan saludando; mas no con profundas reverencias de palacio real. O la República, o ellos, han impuesto unos correctos y discretos límites a las curvaduras de espinazo.

Naturalmente, no hay en estas estancias nobles de guardia ni ayudantes de Cuarto militar. Pero bien pueden dar la ilusión de aquéllos los oficiales del Gabinete del señor jefe del Estado, que van y vienen correctísimos, prestanciosos, diplomáticos, y... ¿lo digo?... palatinos.

No es cosa de que el *reporter* descubra ahora a D. Bernardino Machado, ¿verdad? Su barba blanca, sus grandes bigotes, sus pobladísimas cejas negras, su mirada penetrante, su frente talentada, y, sobre todo, el alto prestigio de su sabiduría son, más que conocidos, familiares en España.

Y sobre estos dones tiene el presidente de la República portuguesa, otro de más valor cordial.

—Verá usted qué simpático es don Bernardino Machado—me dijeron en Madrid al partir.

—Enseguida te hablará de don Francisco Giner.

Y, en efecto, la cualidad sobresaliente en don Bernardino es una gran simpatía. Y a las pocas palabras de nuestra conversación evocó cariñosamente el nombre de su gran amigo Giner de los Ríos.

*
*
*

Nuestro coloquio comenzó por un afectuoso elogio tributado por la cortesía del presidente de la República al *Heraldo de Madrid*, que no hay que decir cuánto agradeció el más humilde de los redactores de este periódico.

—Yo leo siempre el *Heraldo*—nos dijo D. Bernardino—. Desde hace muchos años. He tenido y tengo en aquella Casa muchos amigos. Yo no puedo olvidarme nunca de aquel gran corazón de Luis Morote. «Lembrome muito» de él y de sus dos hijitas. Y hasta de aquel criado que tenía para ellas cuidados maternos. ¡Pobre Morote! Con igual gentileza y despreocupación daba el dinero, que repartía graciosamente la riqueza de su espíritu, tan culto, tan exquisito, tan artista. Eran admirables aquellas interviús que hacía con pasmosa exactitud, sin tomar una nota...

—Por eso—apresuróse a interrumpir el *reporter*, que no ha podido oír sin emoción estas justas palabras de alabanza al ya «lejano» maestro de la interviú—el puesto de Morote continúa vacío... y el señor presidente tendrá nueva ocasión de dolerse de ello cuando lea la pobre transcripción reporterial de este coloquio.

.....

Dos horas y media ha durado mi conversación con el presidente de la República. Con elocuencia sencilla y natural, el sabio maestro me ha hecho el regalo de una interesantísima conferencia de historia actual de Portugal y España, que fué lás-

tima no tuviese otra tribuna, otro auditorio y otra pluma para referirla.

Don Bernardino—«O Bernardino», como con expresión afectuosa le llaman aquí—me habla de otro modo que los demás políticos portugueses a quienes he interrogado estos días; desde otro plano más alto, con la elevación que corresponde al que está en la cumbre, por cima y distante de las miserucas políticas—a veces grandes miserias—, que desde allí se ven con ojos serenos y compasivos. Académico a ratos e idealista siempre, habla D. Bernardino Machado con un sano y patriótico optimismo, que consuela y conforta.

De España y de nuestro Rey me dijo el presidente de la República cosas que oí con emoción bien explicable.

«Yo, que conozco y amo a su patria y la he frecuentado tanto durante mi larga vida, he podido estudiarla en vivo. Yo recuerdo una España, profunda, enconadamente dividida por dos tendencias más que opuestas irreconciliables. El Norte, con la aristocracia, rabiosamente reaccionario; el Sur, el pueblo, convencidamente liberal. ¿Quién podía pensar en la conciliación de estas escuelas enemigas?»

Pues ello ocurrió. Fué la obra juntamente de la clase media y de la Monarquía. La clase media sirvió de ponderación a aquellas fuerzas opuestas, marcó el rumbo liberal que, salvadora y sabiamente, siguió la Monarquía, respondiendo al vivo

sentimiento nacional, y de ella salieron los tres grandes espíritus: Canalejas, Moret—¡tan amigos míos!— y Maura, directores, con el Rey, del fuerte sentimiento liberal español que tiene su representación genuina en «el señor jefe del Estado», manifiesta, clara, firme, sabia y sinceramente liberal y progresivo.

En este aspecto yo admiro vivamente a vuestro Rey. Es un rapaz de claro entendimiento, corazón generoso y sentimientos sinceros. Por vuestra fortuna, del señor jefe del Estado español puede decirse que, si nació Rey, nació también para Rey. Yo le conozco muy bien, porque cambiamos correspondencia confidencial frecuente y largamente.

Con este Rey y con el valer de vuestros hombres públicos, que yo reconozco y proclamo; con la laboriosidad, seriedad y el ansia de progreso del pueblo español, y con la considerable y sólida cultura, que es la característica de la clase media actual, España puede y debe fundadamente esperar días muy felices.»

Séale permitido al *reporter* testimoniar nuevamente su gratitud al ilustre jefe del Estado portugués por estas palabras, que no pudo oír en tal sitio y de tan autorizados labios sin sentir una honda impresión de alegría y de patriótico orgullo. ¡Qué diantre!, la verdad es la verdad, y desde aquí bien puede darse un español el gusto de decir que, pese a lo que en casa murmuramos de ellos y los maltratamos, nuestros hombres públi-

cos son, en general, por su buen deseo, sus estudios y sus trabajos, merecedores de aquellos elogios, que suenan tan bien en oídos españoles lejos de la patria... aunque a tan corta distancia.

Yo estaba en ascuas. Llevábamos más de dos horas hablando. A veces entraba un ceremonioso secretario con un papelito escrito, que entregaba al presidente; yo me imaginaba a la familia de D. Bernardino esperando impaciente a que el *reporter* se marchara para que sonase la hora de la retrasada cena, y hube de manifestar a mi bondadoso interlocutor mis temores de haber sido indiscreto, por atenerme, en mi desconocimiento del protocolo portugués, a la etiqueta palatina española, según la cual es «el señor Jefe del Estado» quien hace la indicación de la despedida.

—No; no. Esté usted tranquilo. Es que charlando de temas tan gratos se ha ido el tiempo sin sentir. Quédese usted a cenar con nosotros.

Yo pedí permiso, bien pesaroso, para declinar tal honor.

—¿Y mi artículo, que ha de salir en el correo de mañana?

—¿Y su cena? Es tarde. Cuando usted llegue al hotel ya habrá terminado el servicio. Quédese.

Valerosamente resistí de nuevo la tentación, invocando el refrán español, que antepone el deber a todo.

Ya de pie, hablamos todavía largo rato. El presi-

dente complaciase ahora en recordar a sus amigos de España, nombrándolos con cariñosos elogios: D. Hermenegildo Giner, D. Gumersindo Azcárate, el doctor Cossío, D. Miguel Moya, «Demófilo», su hijo el joven y sabio catedrático Luis Lozano, Odón De Buen, Bolívar, Sorolla, Benlliure, «su chico», Castillejo, Bentabol, los redactores del *Heraldo*, amigos suyos, y «los jóvenes».

—Yo llamo jóvenes, porque los he conocido muchachos, a Buylla, Burell y ese que habla tan bien... Melquiades Alvarez. Oiga: ¿y Cavia, cómo está? ¿Cuántos años tiene ya?

—Veinticinco.

—¿Y su criado? ¿Tiene todavía el mismo criado, aquel famoso García?

—Siempre. García va a ser doblemente inmortal.

—Le ruego a usted que dé mis recuerdos muy especiales a nuestro Alfredo Vicenti, y digo nuestro porque a este galleguiño, como ustedes dicen, le consideramos tan portugués como español. Él sabe que aquí estimamos mucho su gran talento y le queremos más por su gran corazón. La República portuguesa tiene una considerable deuda de gratitud con él... Dígame: Y aquel otro gran periodista republicano, aquel muchacho tan bueno, tan inteligente y tan simpático...

—¿Castrovido?

—Castrovido, justo; el de *El País*. Salúdele.

Y así este amigo nuestro estuvo evocando, nostálgico, a España un buen rato, hasta que un reloj

discreto avisó, con unas tenues campanadas, que era muy tarde.

—Adiós, señor—dijo el presidente estrechándonos efusivamente la mano—. Deja usted aquí un corazón amigo.

—Y vuestra excelencia ha conquistado otro.
¡Viva Portugal!

—¡Viva España!



Gaeetillas lisboetas

Paseemos. Hoy repugna el cuerpo la política; me pide alegría y aún no he visto lo agradable de Lisboa.

—Amigo Alves, subamos a todas las colinas de la ciudad pintoresca por excelencia, para verla en todos sus aspectos de belleza.

—Subamos, sí; pero huyendo prudentemente de caer en manos de estos cocheros de punto, que podrían concluir con la guerra por falta de medios económicos, sólo con que subiesen a su «carro» un ratito los cajeros de los tesoros imperiales y aliadistas.

Cierto. ¿Cuántos hombres durante cuántos años son necesarios para contar los duros que Autome-dontinho pide por un par de horas de paseo?

* A bien que Lisboa tiene un magnífico servicio de tranvías, unos tranvías enormes, de doble tamaño que los madrileños, con doble juego de ruedas y con dos *trolleys*. En todas las líneas hay unos coches que se distinguen por unas banderitas verdes o encarnadas colgadas del *trolley* y

por un gran letrero: «Carros do povo» — coches del pueblo —, que, como su nombre indica, están destinados a la gente pobre, y en los que sólo cuesta la miseria de diez reis — un perro chico — el viaje.

¿Por qué en Madrid no hay estos coches?

* Cuándo en un tranvía u otro, si no en el automóvil de un amigo, que hace prodigios para trepar y descender por estas empinadísimas cuestas que parecen la carrera de un tobogán; ya subiendo en los ascensores instalados en una calle para facilitar la ascensión a la otra, o en los carruajes eléctricos, en sustitución del antiguo sistema funicular, que hacen posible la subida de algunas cuestas, intransitables de otro modo, el *reporter* ha pisado todas las alturas de la ciudad, ha visto a Lisboa en todo el esplendor de su belleza, con las fachadas de las casas pintadas cada una de un color, lo que da a la población un aspecto variadísimo y un tono de alegría singularmente grato, con los jardines espléndidos de las mil hermosas quintas levantadas dentro de la urbe, aquí y allá, en todos los barrios, y con la amplísima bahía, en que nuestro Tajo se entrega al mar portugués, por fondo del hermoso cuadro, y ha repetido cien veces, convencido, el viejo adagio lusitano:

«O que nao veu Lisboa nao veu coisa boa.»

* En Lisboa existe todavía la costumbre provinciana y perniciosa de las tertulias en las tiendas. Cada comercio es un casino. Así, el que quiere en-

contrar a alguien no tiene mas que buscarle en la *loja* adonde tiene costumbre de concurrir.

—«Fulano—os dicen—es de las Messageries de Alves, de la luvaria (guantería) de Couthino o de la alfaiateria (sastrería) de Alvares, junto a la Escola das Meninas».

* Los coches de punto no son numerosos ni buenos, a pesar del aparato de sus dos caballos y de las viejísimas libreas y chisteras de hule de los cocheros. También son contados los trenes de lujo. Pero, en cambio, hay un numerosísimo y bien montado servicio de automóviles de alquiler; por que en Lisboa, como en el resto del mundo, menos en Madrid, sobre el interés de los dueños de coches de punto y del concejal que los representa se pone el interés, decoro y buen servicio de la población.

* Amigo *Barquero*: Cuénteles a Retana cuán previsores son los empresarios taurinos de estos barrios. El lunes apareció un cartel en las esquinas que decía: «Por causa del mal tiempo se suspende la corrida anunciada en la plaza do Campo Pequenho para el domingo próximo».

* A los sacerdotes portugueses les está prohibido salir a la calle con traje talar, y han adoptado un cierto uniforme de levita, alzacuello y sombrero entre hongo y copudo, que los distingue fácilmente de los seglares.

En cambio, circulan libremente por todas partes con sus sotanas, manteos, tejas, bonetes y sus

becas rojas, los alumnos y profesores del seminario irlandés.

* Salvo el Martinho del Rocío, los cafés lisboenses son pequeños, estrechos y largos.

Casi todos los camareros, como los de las fondas, son gallegos y «paisanos de Bugallal», como ellos dicen. Es inverosímil la población que tiene Puenteáreas. En cada parto deben de nacer veinte hombres.

* Pero nadie entre con prisa en un café lisboeta. Yo, cuando me retiro por las noches, después de haber comido con mi amable amigo Carlos Alves la última torrada, atrueno el café a aplausos y allá, cuando, ¡al fin!, viene un mozo a inquerir mi deseo, le advierto:

—Es que llamo para mañana a estas horas.

* Los escaparates de las librerías lisbonenses están llenos de obras francesas. Los escritores españoles son casi desconocidos en su totalidad. Unicamente se salva el maestro Blasco Ibáñez, cuyas novelas en español y en portugués alternan dignamente con las mejores de los mejores franceses.

En una librería de viejo he encontrado, por excepción, un tomo de *Las campesinas*, de Gabriel y Galán, y un ejemplar del *Jovellanos*, de Rodríguez Carracido, ambos libros muy manoseados.

* ¿De cuántos platos se compone el almuerzo silencioso y la comida con música—¡veintitantos números!—en estas fondas?

¿Son diez? ¿Son doce? Acaso sean más... Pero a las dos horas esté usted seguro de que los huéspedes se encontrarán en algún café ingiriendo el *cha* nacional, o el café con leche madrileño, con su exquisita torrada. Cuando no con dos.

* Todo son traducciones en los carteles de los teatros. *El cardenal*, *El hombre que asesinó*, *La novela de un joven pobre*. No vale la pena de incrustarse toda una noche en aquellas molestísimas butacas. Unicamente el Trindade y el Edén ofrecen al público unas interesantes revistas locales, en dos y tres actos, con música agradable y más agradable desfile de tiples guapas de sólidas pantorrillas.

Pero, ¡ay!, aquellas butacas tan estrechas, en aquellas filas tan apretadas... Y no lo tomen ustedes a protesta de hombre gordo. Es que tampoco caben los flacos más que de medio lado. Ahora, que a mí no me queda ni el consuelo de acogerme a las anchuras de un palco... en los que José Francés y yo, por ejemplo, seríamos absolutamente incompatibles.

Calbetón, ni en sueños, cabe en uno de aquellos cajoncitos de pasas del Edén.

* Los revendedores llevan un plano del teatro para que el comprador sepa dónde cae la localidad que le ofrecen.

Para salir del patio de butacas, ha de tomar usted una contraseña, otra para entrar en el *bufet*, y otra si quiere salir a la calle.

Unos martillazos en el tablado son la señal de que el acto va a comenzar. No me negarán que es más nuevo este sistema de los tres martillazos y repique que el empleo de los timbres. Y más económico.

* He visto a Guerra Junqueiro de chaqué y sombrero de copa, devolviendo cortesías a todo el mundo. El chaqué y la chistera de Guerra Junqueiro se cotizan con rara unanimidad en Lisboa como memoriales de aspirante a la presidencia de la República.

* He asistido a un gran concierto de orquesta en el Polyteama, fiesta en honor del maestro David Soussa, excelente director y compositor de unas lindas acuarelas musicales.

El número fuerte del programa era el 1812 de Tchaykowsky.

* ¡Qué gran negocio haría en Lisboa uno de estos zapateros madrileños de gusto y coquetería!

* A todas horas del día y de la noche hay corrillos de soldados en el Rocío. ¿A qué hora van al cuartel? ¿A qué hora hacen el ejercicio? ¿A qué hora se cepillan?

* Apenas se ven mendigos en Lisboa. Ni perros.

Eso sí, pobres hay pocos; pero molestos. No se contentan con hablar. Le ponen a usted la mano en el pecho para detenerle, le cogen de un brazo para separarle de la persona con quien está hablando.

Menos mal que los perros llevan bozal.

* No busqué usted aquí—el pueblo de las ter-

tulias—reuniones artísticas, literarias, ni siquiera periodísticas. La política, que lo ha arrollado todo, lo ha absorbido todo, ha concluído con todo.

* Todas las tardes, este humilde y torpe aprendiz de escritor acude reverente en peregrinación devota ante el monumento erigido al inmortal Eça de Queiroz en una plazoleta, a la sombra amorosa de una palmera, cerca de los parajes ciudadanos que el más grande de los novelistas portugueses—y perdonen los camilistas—frecuentaba en vida.

El monumento es un acierto de la escultura portuguesa. Alzase a ras del suelo, tiene por pedestal las violetas de un jardincillo. El Enorme, con su gesto escéptico y su mirar irónico, sostiene tiernamente la estatua, de una verdad cálida... apenas cubierta con el manto de la fantasía, y al pie se lee la frase que fué el canon del escritor fuerte y verista, que vivirá por los siglos de los siglos para gloria de Portugal.

Cerca, en la inmediata plaza de Camoens, a esta misma hora queiroziana en que el vecino Chiado rebosa mujeres bellas y hombres discuti-dores, los árboles se pueblan de ruidosos gorri-ones, que acuden en bandadas, a centenares, a mil-lares, a cobijarse en sus ramas, a la sombra de la estatua del cantor de los *Lusíadas*, y chillan y al-borotan para que los oiga el otro poeta, que es-condía bajo su capa irónica y escéptica el alma tierna que se exhaló en el apasionado beso a Por-tugal de *La ciudad y las Sierras*...